

CULTURA, TELEVISION Y VIOLENCIA EN AMERICA LATINA (El caso chileno)

Arturo Navarro Ceardi
Director Ejecutivo
Centro Cultural Estación Mapocho
Santiago, CHILE
E-mail: ceardi@entelchile.net

Introducción.

Es curioso, por decir lo menos, estar discutiendo sobre este tema enfrentados a una guerra y en territorio de uno de los principales involucrados. Curioso pero no casual. Cuando ocurrió el 11-9 estábamos en ASF pensando en la organización de los tres simposios que precederían a Barcelona 2004. De inmediato se nos ocurrió que el relativo a Cultura y Paz debía ser en los Estados Unidos. Tal vez no pensamos que la situación se agravaría de tal forma que lo que fue originalmente imaginado como una contribución a la paz se desarrollara en pleno clima de guerra.

Tampoco es casual un hecho que me sorprendió hace unos días mientras manejaba de regreso a casa y escuchaba la radio de mayor sintonía en Chile en la hora de su noticiario principal. La emisora realizaba una encuesta telefónica consultando a sus auditores sobre cuál era la canción que más los identificaba como llamado a evitar la guerra y por tanto a clamar por la paz. Ofrecían a los escuchas cinco o seis opciones, que reproducían parcialmente -en castellano- sus acordes más conocidos. El resultado fue que más del 50% de las respuestas coincidieron en la canción “El derecho de vivir en paz”, interpretada por Víctor Jara.

A 30 años del asesinato de Víctor Jara, la imagen que los chilenos tienen de la guerra ño de su forma de evitarla- los remonta a ese 11-9 pero de 1973. Es decir, a su “guerra” propia. Esto me hace reflexionar sobre tres cosas.

La primera es lo fuerte que son las experiencias cercanas para una sociedad pues a pesar de haber vivido en el mundo global conflictos tan potentes como la Guerra del Golfo, la crisis del Medio Oriente o la explosión de la ex Yugoslavia con todos sus episodios, todos debidamente transmitidos por las pantallas de la TV local.

La segunda es la confianza que tienen las sociedades en los actores culturales, sean artistas o creaciones artísticas, de poder influir sobre situaciones violentas o agresivas. La tercera es que para entender la relación que tiene, en Chile y tal vez en los países latinoamericanos, la cultura con la violencia, debemos remontarnos al menos treinta años en la historia.

El desarrollo democrático de la cultura.

Para entender lo ocurrido en 1973, año del golpe militar que derrocó al Presidente Salvador Allende, debemos conocer algo desarrollo cultural del país.

Chile celebra la independencia de España en 1810, por tanto sus primeras entidades culturales descienden de la estructura que el colonizador hispano le dejó. En concreto, la Real Universidad de San Felipe es el antecedente más nítido del primer gran ente preocupado del desarrollo cultural del país naciente: la Universidad de Chile, inaugurada en 1842. Ella, como universidad pública se ocupó del desarrollo del pensamiento, la formación de creadores y la creación de entidades de difusión cultural como orquesta, ballet, teatro, filmoteca.

* El Centenario: 1910: los edificios culturales

* Otro momento relevante en el desarrollo cultural chileno fue, justamente para la celebración del primer centenario de la Independencia, en 1910, la construcción de dos edificios emblemáticos: el Museo Nacional de Bellas Artes y la Biblioteca Nacional. Es revelador que se haya escogido, en fecha tan solemne inmortalizarla con dos espacios culturales además de otras obras de infraestructura.

* En 1929, con la creación de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), ordenada por el gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo, se consolida una institucionalidad cultural pública encargada de fomentar y administrar las bibliotecas existentes, los museos nacionales y locales y desarrollar los archivos nacionales, tan necesarios para reconstruir la memoria de la nación. Esta institución durante muchos años fue usada como modelo por varios otros países latinoamericanos.

* A contar de esa fecha, el estado fue adquiriendo más y más responsabilidad en el desarrollo cultural, sea en el terreno del patrimonio a través de la Dibam, sea en el terreno de la creación, fundamentalmente a través de la Universidad de Chile. Tanto que cuando se instala en Chile la televisión (1962), se entrega a las universidades. Es así como la Universidad Católica de Valparaíso, la Universidad de Chile y la Universidad Católica de Santiago son los primeros y únicos poseedores de señales televisivas hasta 1969 cuando se crea la Televisión Nacional de Chile, dependiente del gobierno.

* En 1970, con el gobierno de Allende se dan un paso más en la influencia estatal en la cultura con la creación de la editorial estatal Quimantú y su trabajo en la democratización de la lectura y la nacionalización de la empresa cinematográfica Chilefilms. De este modo, en 1973, el Estado intervenía en la casi totalidad de las actividades culturales desde el manejo de los derechos de autor, a través de una oficina especializada de la Universidad de Chile, hasta la distribución masiva de libros vía librerías, quioscos de periódicos y organizaciones sociales, a través de Quimantú.

La ruptura: el golpe militar de 1973.

Por ello, es que las nuevas autoridades militares que asumen el poder por la fuerza en septiembre de 1973, hacen a muy corto andar acciones orientadas a dismantlar el aparato cultural de un Estado interviniendo, aún sin tener muy claro porqué reemplazarlas. La designación de rectores militares en las universidades interviene de

hecho los canales de televisión universitarios, la toma mano militare de las instalaciones de Quimantú, Chilefilms, el Museo de Bellas Artes y Televisión Nacional señalan que la “guerra contra el comunismo” se daba también en el terreno de la cultura.

Pero, desafortunadamente, la toma de lugares “tan estratégicos” no fue suficiente. Los manuales que seguían los generales golpistas aconsejaban también asestar golpes a las personas del mundo de la cultura y los productos culturales.

En este campo se inscriben las masivas quemas de libros transmitidas en directo por la TV militarizada, que cumplieron con la educativa tarea de que cada poseedor de una biblioteca conformada por algunos textos con el sello de Quimantú fueran los propios incendiarios de sus libros.

En el terreno de las personas, fueron emblemáticos los asesinatos del cantautor Víctor Jara, del director de orquesta Jorge Peña Hen y otros artistas. Lo de Jara, ejecutado en el campo de detenidos en que se convirtió el Estadio Chile y luego de serles amputados los dedos con que tocaba su guitarra, no podía ser más explícito.

No obstante, la muerte del Premio Nobel 1972, Pablo Neruda, ocurrida el 23 de septiembre de 1973 y motivada por un antiguo cáncer y una entrañable tristeza, ha sido considerada como el mayor símbolo de que en Chile morían con él la inteligencia, la creación y la poesía.

En este escenario, se desmanteló Quimantú; partieron al exilio miles de creadores, algunos fueron hechos prisioneros, torturados y otros fueron hechos desaparecer; se censuraron las publicaciones de diarios, revistas y libros, y la televisión comenzó un concienzudo proceso de achatamiento colectivo. La prensa escrita se redujo a dos cadenas nacionales de diarios cuyos propietarios eran fervientes partidarios de la dictadura.

Los tiempos del “apagón cultural”.

Este clima fue conocido en Chile como “el apagón cultural”. En 1976 participé en la fundación de una revista de análisis internacional. Sus primeras ediciones debían ser sometidas a la oficina de censura, primero a nivel de originales. Una vez aprobados éstos se obtenía el permiso de impresión. Luego debía someterse a la misma oficina los ejemplares impresos junto a los originales. Una vez chequeado que no había cambios, se obtenía recién el permiso de circulación. Todo, aunque sólo se limitaba al análisis internacional. Cuando comenzó a publicar artículos nacionales, en agosto de 1981, fue clausurada y, como director responsable, fui amenazado de expulsión del país en caso de volver a publicarla.

La censura a los libros impedía que éstos fueran editados sin autorización. Luego de tres casas editoras que no se atrevieron a publicarlo y escudándose en un prólogo del Cardenal católico Raúl Silva Henríquez, fue finalmente impreso en 1985 el libro “Miedo en Chile” de la periodista Patricia Politzer, que consistía en relatos en primera persona de chilenos y chilenas de todas las condiciones e ideologías que confesaban sus temores:

unos al comunismo, otros a la pobreza, otros a la dictadura... La presentación del libro se hizo, bajo estado de sitio, en una céntrica librería con carabineros en tenida de lucha callejera que la rondaban permanentemente. Ninguno de los socios de la casa editorial quiso presentarlo y finalmente lo hizo un valiente antiguo político demócrata cristiano al que recurrieron a tan última hora que luego del acto me confesó: “ si hubiera sabido quién era la autora... lo habría leído”.

Peor suerte corrieron 15 mil ejemplares del libro “Miguel Littin clandestino en Chile” del Premio Nobel Gabriel García Márquez que llegaron al puerto de Valparaíso en noviembre de 1985 con el sello de la colombiana Editorial Oveja Negra. Los libros fueron interceptados por orden del almirante Hernán Rivera Calderón, jefe de la zona en estado de sitio e incinerados en el mismo puerto luego de seguir variados trámites burocráticos que dejaron singular huella escrita de esta atrocidad.

La represión al mundo del teatro se manifestaba permanentemente en amenazas a los actores y acciones directas como el incendio de la carpa en la que se exhibía una obra con textos de Nicanor Parra y la detención de la madre de Oscar Cuervo Castro que representaba ñoblicuamente por cierto- un texto asimilable al postrer discurso de Salvador Allende en La Moneda el día de su derrocamiento. Ella permanece como detenida desaparecida.

No obstante el apagón, se podía detectar cierta débil “resistencia” cultural a lo menos en tres frentes:

- * Desde el exilio, muchos pensadores y creadores chilenos destinaban su destierro a formarse y a desarrollar importantes obras, muchas veces con recursos que no se soñaban en su país de origen. Los nombres de Inti Illimani y Quilapayún en la música popular; Isabel Allende y Antonio Skármeta en literatura, o Andrés Pérez y Mauricio Celedón en teatro comenzaron a conocerse especialmente en Europa. El conocimiento de sus éxitos en Chile, las acciones de solidaridad que realizaban y su constante empeño por poder regresar eran un aliciente a los chilenos temporalmente alejados de sus artistas.

- * En los organismos solidarios, especialmente aquellos vinculados a las iglesias y a los derechos humanos comienza a apoyarse exposiciones plásticas, montajes teatrales, grupos musicales, talleres literarios que muy germinalmente van intentando llenar el vacío cultural. El grupo teatral Ictus orientó sus tradicionales creaciones colectivas a crear obras que reflexionaban sobre problemas sociales como la cesantía o la represión. En ello contaron con el apoyo de la Vicaría de la Solidaridad de la iglesia católica.

- * En comunas de mayores recursos económicos y en torno a centros culturales tradicionales se mantuvieron algunas orquestas, grupos de ballet y artistas plásticos que de cuando en vez hacían presentaciones más amplias de su territorio.

Una situación como la descrita no podía prolongarse. En 1988, con el plebiscito del 5 de octubre se consagró el inicio del retorno de la democracia. Pinochet llamó a votar sí o no por la continuidad de su régimen. “Corrió solo y llegó segundo” tituló un diario. “Lo derrotamos con un lápiz” coreó otro. La campaña del NO, desarrollada en la franja

electoral de la televisión contó con la entusiasta participación del mundo de la cultura tanto en el ámbito creativo como de los actores, con el lema “La alegría ya viene”. Los escritores crearon un libro en el que cada uno exponía, en una página, sus motivos “Porqué NO”, ilustrado por artistas plásticos. Fue la resurrección de una creatividad que estaba apagada y la celebración del triunfo, un momento que muchos recordaremos como de los más impactantes de la vida.

En menos de dos años el país cambió. En diciembre de 1989 se realizaron elecciones presidenciales y el 11 de marzo de 1990 el Presidente Patricio Aylwin asumió el mando de la nación. Era sólo el inicio. La transición a la democracia. Algunos de los creadores de la campaña del NO ocuparon expectantes posiciones en la Televisión Nacional y en el aparato comunicacional del nuevo gobierno. Había un aire nuevo que chocaba contra un sistema de prensa en manos de pinochetistas, un empresariado muy ideologizado por la dictadura, un poder legislativo con un relevante grupo de parlamentarios designados según la Constitución autoritaria, un sistema electoral favorable a las minorías, un poder judicial sordo a los reclamos por violaciones de los derechos humanos y el propio Pinochet continuaba como Comandante del Ejército.

La democracia naciente se empeñó en satisfacer “en la medida de lo posible” las necesidades de todos los sectores. La cultura no estaba ausente, la frase “Chile está en deuda con la cultura” resumió las demandas del mundo cultural: mayor libertad, más financiamiento y más coordinación. Más libertad significó destrabar legislaciones autoritarias que mantenían una censura cinematográfica o que autorizaban a la justicia para ordenar el requisamiento de libros supuestamente atentatorios a la dignidad de las personas. Más financiamiento implicó crear y desarrollar fondos públicos concursables para apoyar la creación artística y aprobar una ley de estímulos tributarios para los aportes privados a la cultura. Más coordinación significó proponer al parlamento la creación de un Consejo Nacional de la Cultura que reuniera a las múltiples entidades gubernamentales dispersas y les diera un rango ministerial. Junto a ello se han desarrollado políticas culturales orientadas a la creación de nuevas audiencias, la infraestructura, la formación de creadores e intérpretes, el desarrollo de las industrias culturales.

El Consejo Nacional de la Cultura estará funcionando a finales de 2003 y reúne en su dirección a once personalidades del mundo público, artístico, del patrimonio, la gestión cultural y la academia. Como una señal de descentralización su sede estará en Valparaíso, ciudad puerto postulada ante UNESCO como patrimonio de la humanidad, originada en la convergencia de muchas inmigraciones y construida en una improbable arquitectura aferrada a los cerros y enfrentando el mar. Esta ciudad será sede del tercero de nuestros simposios en noviembre próximo.

La imagen internacional de la cultura chilena comenzó también a reconstruirse junto con su transición a la democracia: el iceberg que caracterizó la presencia de Chile, en 1992 en la feria mundial de Sevilla, ha sido símbolo de un país que no obstante ubicarse al final del mundo, es capaz de mostrar la frialdad suficiente para hacer buenos negocios y trasladar un témpano desde la antártica hasta el Guadalquivir y... conservarlo

en su temperatura original. Más tarde, en la Feria Internacional del Libro en Guadalajara, en noviembre de 1999, cuando fue país invitado de honor, Chile mostró una maciza presencia cultural acogiendo manifestaciones de toda índole que surgían de un emplazamiento que asemejaba el basural en el que surgían, a pesar de todo el apagón, las manifestaciones literarias, musicales y artísticas en general. La Expo Cumbre de las Américas, de 1998, la Reunión de Gobernadores del BID de marzo 2001 y la Cumbre Presidencial del Grupo de Río, en agosto del mismo año, realizadas todas en el Centro Cultural Estación Mapocho afirmaron que el principal espacio cultural del país, desarrollado por el primer gobierno democrático entre 1991 y 1994, era capaz también de acoger manifestaciones de gran relevancia internacional y reiteraba la centralidad que la cultura había ido adquiriendo en el país.

La sociedad civil respondió a estos gestos del gobierno y comenzó a organizarse: se crean decenas de corporaciones culturales sin fines de lucro que administran o gestionan manifestaciones y espacios culturales sean de propiedad pública o privada; nace, en 2000, la asociación gremial de gestores culturales que reúne a los profesionales de la administración cultural, muchos de los cuales ya exhiben grados universitarios y estudios de postítulo en Europa y Estados Unidos; las universidades chilenas crean postítulos en gestión cultural que tienen gran aceptación entre los egresados de carreras artísticas y vinculadas a las comunicaciones.

Pero, la sociedad es dinámica y abierta al exterior. Ello permite la llegada de interesantes espectáculos y muestras internacionales que nunca antes llegaron como la del Museo del Vaticano y también de las nuevas tendencias de la televisión mundial. Con ellas, la presencia creciente de la violencia en la TV. Esta ha motivado sendos estudios, especialmente del Consejo Nacional de Televisión, organismo del estado, regulador del sistema televisivo. De su publicación de diciembre 2002 “Violencia en Televisión: el gran debate” se desprende que en el Chile de hoy “el 34% de las noticias del noticiero (dejando fuera deporte y cultura-espectáculos) son de violencia y criminalidad. Y el 38.6% de estas noticias tienen una importancia alta en el noticiero” como lo afirma el Director del Centro de Estudios en Seguridad Ciudadana de la Universidad de Chile, Hugo Fröhling. Para el académico, esto “genera la sensación que de todo lo que ocurre en el país, más de un tercio es violencia y criminalidad, lo que valida la creencia que estamos en una sociedad violenta y que el peligro que ocurra algo es alto, por tanto, la ciudadanía desconfía de los otros, se encierra en sí misma y se descompone el vínculo social.”

Otro dato interesante es que el 86,7% de las noticias son relativas a acontecimientos de violencia o criminalidad mientras sólo 11,9% corresponde a noticias de discusión sobre violencia y criminalidad. Lo que se complementa con el hecho que el 91% de las noticias de violencia y criminalidad se refieren a la ocurrencia y evolución del hecho. Menos del 1% corresponde a información sobre su resolución o consecuencias. Se genera así la sensación de que muy pocos crímenes son resueltos.

Como obviamente, durante la dictadura que duró 17 años y que controlaba entre otros a la televisión, ocurrían muchos más actos de violencia hacia las personas que eran ocultados

por medio de la censura y la autocensura, tenemos la paradoja que una sociedad con estado de derecho funcionando y con índices de convivencia muy superiores a los anteriores tiene la sensación de que vive en un clima de violencia mayor gracias al discutible aporte de la televisión.

Pero, esto no ocurre solo con las informaciones. El Barómetro de violencia del Consejo Nacional de Televisión del año 2001 detecta presencia de violencia en 89,4% de la oferta de dibujos animados analizados mientras el tiempo total de las escenas de violencia corresponde sólo a un 6,2% y en un 45,2% de esos programas posee un carácter irrelevante.

Por otra parte, en la oferta de películas en televisión abierta, con un fuerte predominio del cine estadounidense y del drama, un 92,1% presenta algún nivel de violencia explícita. Sin embargo si se atiende al tiempo total de exhibición de las películas analizadas, un 6,1% del tiempo muestra escenas de violencia explícita y en un 42,9% de las películas, la violencia tiene carácter irrelevante.

La conclusión de los analistas del Barómetro es que una proporción importante del 6% de violencia explícita en ambos casos presenta niveles significativos de intensidad. Y si bien las secuencias de violencia explícita pueden ser breves en cuanto al tiempo de duración, la violencia implícita como consecuencia de la anterior adquiere un elevado protagonismo en gran parte de las producciones analizadas.

Otro caso revelador son las telenovelas, de gran audiencia en el país. En Chile la mayoría, un 41,2 %, son de origen mexicano y un 17,6% son nacionales, el resto son básicamente colombianas, venezolanas y brasileñas. Según el Barómetro de Violencia del CNTV de diciembre 2002, el tiempo destinado con contenidos de violencia en las telenovelas asciende a 6,9%. Dentro de él, el porcentaje más alto de violencia lo tienen las telenovelas colombianas con un 9,5% y el menor corresponde a las chilenas con 5,1%. No obstante, la violencia no es un eje temático fundamental en el argumento de las telenovelas, en un 66% se asocia con conflictos secundarios y en un 70% es protagonizada por personajes secundarios o marginales.

De lo expuesto podríamos concluir que contenidos de violencia están presentes en todos los tipos de programas de televisión estudiados: noticiarios, telenovelas, películas y dibujos animados incluso en una proporción semejante en términos de tiempo, excepto los segmentos informativos, donde son mayores. Es decir, que quienes reflejan la "realidad" la muestran como más violenta que quienes ficcionan sobre ella. El ya citado Hugo Fröhling señala al respecto que " la cobertura noticiosa en seguridad ciudadana que entregan los medios, no es mas que una mirada parcial de la realidad que transformaba lo excepcional en cotidiano y las limitaciones del medio, en realidad."

Y lo atribuye a que actúan como criterios de decisión los condicionantes del mercado, del proceso productivo y criterios ideológicos y no, por ejemplo, el criterio de la representatividad, de preservación del vínculo social o el aporte a la discusión nacional. En cifras, "los acontecimientos de violencia intra familiar representan apenas el 1,4% de las noticias de violencia, los delitos sexuales dentro de la familia el 0,4%, hurtos y asaltos

sólo un 2,3% y robo de vehículos un 2,7%, a pesar de su frecuente ocurrencia según estadísticas conocidas”. Por el contrario, hechos de menor ocurrencia como los homicidios, el reagrupamiento de grupos terroristas y el secuestro de personas tienen una cobertura bastante mayor (12%, 9% y 5% respectivamente) de las noticias de violencia.

De esta forma, la ciudadanía accede a una realidad parcializada, generándose un temor generalizado y a ciertos tipos de sujetos lo que atenta contra la confianza en el otro y la construcción de una sociedad.

Pero, no todas las experiencias de muestra de violencia en televisión llevan necesariamente a estas mismas conclusiones. La serie documental “El proyecto del diablo” producido en Colombia por Oscar Campo, que presenta la biografía de un ex traficante de drogas oriundo de Cali y despertó gran interés entre los jóvenes como una forma de prevenir la repetición de la historia relatada.

Algunas consideraciones finales:

Mirando treinta años la cultura de un país como espacio simbólico de paz vemos que las lecturas que se hacen son interesantes desde varios aspectos:

Transformación de espacios “violentados” en centros culturales.

En la ya citada ciudad de Valparaíso existe una antigua cárcel construida en un antiguo polvorín que data de 1806 y ocupada como presidio en la segunda mitad del siglo XIX que fue desalojada en 2001. Por tanto, albergó tanto delincuentes comunes como prisioneros políticos de la más enconada guerra civil chilena, la de 1891 que costó la vida del Presidente José Manuel Balmaceda y del golpe militar de 1973 que costó la vida del presidente Salvador Allende. Allí estuvieron también los marineros torturados acusados, en vísperas del golpe militar de 1973 de querer sublevar a la escuadra. Luego de su desocupación se ha generado un movimiento ciudadano que ha conseguido que el gobierno del Presidente Lagos haya resuelto destinarla a centro cultural. Allí, la Comisión Presidencial de Infraestructura Cultural ha propuesto un concepto de “Campus Cultural de Segunda Generación”, esto es, un espacio para la formación de creadores, gestores y nuevas audiencias.

Obviamente una experiencia similar es lo ocurrido en la zona cero de Nueva York que demuestra que la ocupación de espacios públicos por la gente, a través de un uso cultural puede ser un buen mecanismo de superación de vivencias traumáticas.

La cultura en el centro del desarrollo.

Este concepto ha sido acuñado por el gobierno del Presidente Ricardo Lagos y ha tenido demostraciones concretas como la apertura permanente del Palacio de Gobierno, La Moneda, coincidiendo con la instalación de esculturas en sus patios en el programa “La Moneda es-cultura”; la instauración del Día del Patrimonio (último domingo de mayo) en el cual se abren a las visitas los edificios públicos y privados de carácter patrimonial de todo el país; la celebración de la Reunión de Gobernadores del BID y la Cumbre Presidencial del Grupo de Río en el principal espacio cultural del país el Centro Cultural

Estación Mapocho, y la llamada “nerudización” de la APEC con motivo de ser Chile en 2004 país sede de las reuniones de las 21 economías del Asia Pacífico que consiste en encargar a una misma persona la cabeza de la organización de esta reunión económica y la presidencia de la Comisión Presidencial del Centenario de Pablo Neruda, que se cumple el 2004.

Por esta vía, se asocia inevitablemente, a nivel nacional e internacional el concepto de que la cultura es símbolo de paz, crecimiento y desarrollo de las sociedades.

La TV como ventana al mundo global y espejo de la realidad. Las cifras expuestas que se relacionan con la violencia en TV demuestran que este medio de comunicación forma parte del proceso de globalización por la vía de abrirnos una ventana al mundo, pero a la vez es un espejo en el que se debe reflejar la realidad local. Algunos espacios, como los informativos, pueden distorsionar esta función de reflejo de lo propio lo que debiera llamar a que organizaciones ciudadanas y entidades estatales encargadas de supervisar la televisión tomen cartas en el asunto. Una forma de hacerlo, que ha desarrollado el CNTV chileno desde 1992, es el Fondo Concursable de Programas de Interés Cultural, que ya tiene impacto en la pantalla.

Los medios de comunicación reflejan una sociedad violenta y temerosa de ciertos actores sociales, los que pueden ser reivindicados mediante la habilitación de espacios públicos culturales.

Este temor orientado especialmente hacia los sectores de nivel socioeconómico bajo implica que la sociedad desarrolla ciertos espacios “protegidos” donde tales sectores no tienen cabida. Obviamente existen también ámbitos culturales protegidos como por ejemplo en Chile, el Teatro Municipal. Una experiencia de que la cultura es capaz de incorporar a tales sectores a manifestaciones de alto nivel artístico en forma masiva y ordenada se vivió en enero de 2003 en el Centro Cultural Estación Mapocho donde se presentaron seis funciones gratuitas de cinco mil personas cada una, con los elencos del Teatro Municipal interpretando la mejor ópera (La Traviata), el mejor ballet (La bella durmiente) y el mejor concierto (La Novena Sinfonía de Beethoven) de la temporada oficial 2002, con financiamiento privado. La respuesta fue conmovedora y masiva, superándose todas las expectativas: las invitaciones se distribuyeron en el mismo Centro Cultural, desde las 10 de la mañana del día de la función y largas filas de público habitual de ese centro, conformado por sectores medios y bajos, mayoritariamente jóvenes y mujeres, llegaron desde el amanecer para obtenerlas. El resultado es que los organizadores acordamos repetir habitualmente la experiencia (cada mes de enero) con el propósito de ir creando nuevas audiencias para la ópera, el ballet y la música clásica.

Esta experiencia puede asociarse con otras del mismo centro cultural como la presentación de los Monsters of rock, en 1994, cuando autoridades civiles y religiosas y la policía temieron todo tipo de desórdenes en un espacio recién remodelado. Asistieron 11 mil muchachos y no se registró incidente alguno al interior del flamante centro. Cuando se pone la cultura y el espectáculo al alcance del público, en espacios adecuados, se logra el doble resultado de satisfacción cultural y reivindicación social de sectores

aparentemente temibles.

SINTESIS

- La historia del desarrollo cultural de un país no es ajena a su desarrollo general. Aunque existen tiempos de oscuridad en este desarrollo, estos suelen ser seguidos por momentos de aceleración que buscan poner al día el desarrollo cultural con el desarrollo económico y social de una nación.

- Cuando una sociedad es contaminada por la violencia sucumben también a ella sus representaciones o símbolos culturales que pueden tanto ser agentes del mundo artístico como medios de transmisión de contenidos culturales.

- La experiencia chilena demuestra que es una buena política el desarrollar una operación inversa, esto es, recuperar espacios violentizados, por uso (ex cárceles) o abandono (ex estaciones), para transformarlos en espacios públicos culturales y también actuar desde el mundo público para lograr espacios de interés cultural en medios de socialización relevantes, como la TV que acoge una fuerte carga de violencia en sus contenidos.

- En consecuencia, la formulación de políticas públicas en el área cultural debiera considerar el impacto que éstas tienen en el ámbito de la construcción de la paz en una sociedad.

Santiago/Boston, marzo 2003